

HARD SCIENCE FICTION

SILENT SUN

BRANDON Q. MORRIS

¿Nuestro sol se está comportando de manera diferente a otras estrellas?

Cuando un astrónomo amateur descubre algo extraño en imágenes telescópicas solares, debe encontrarse una explicación. ¿Es solamente un artefacto? ¿O ha encontrado algo totalmente inesperado?

Una tripulación internacional de expertos es formada apresuradamente, una nave espacial es reacondicionada rápidamente y el cuarteto es enviado al viaje de sus vidas. ¿Qué desafíos enfrentarán en esta misión improvisada a nuestra estrella central?

Silent Sun



15 de octubre de 2071
1866 Sísifo

—¡Deja de moverte!

Sobachka bajó la cabeza, entendiendo la reprimenda. Por fin, relajó los músculos, permitiéndole así que le deslizara el traje sobre sus patas delanteras. Era un procedimiento habitual, pero la anticipación ante su próxima excursión la superaba.

—¡Buena chica! —la alabó Artem, acariciándole la cabeza con suavidad. El material del traje apenas restringía sus movimientos. Solo el pañal le abultaba. Él también llevaba uno. La excursión duraría poco, pero en el espacio nunca se sabe y, como siempre, «es mejor prevenir que curar».

—¡Quieta! —Aquella era la parte difícil. A *Sobachka* no le gustaba nada que le cerrara el casco. El animal no comprendía que el vacío resultaba letal.

Él probablemente reaccionaría de la misma manera si alguien interfiriera con sus sentidos básicos de ese modo. Con el casco cerrado, la perrita solo podía olerse a sí misma. Estabilizó la parte de atrás de su cabeza con la mano derecha y empujó el casco con la izquierda, hasta que quedó en su lugar con un chasquido, en el medio del cuello. Luego Artem activó la comunicación.

—¡Eso es!

Sobachka sacudió la cabeza y trató de lamerle la mano, pero el casco truncó sus esfuerzos. Ladró produciendo un sonido similar a un gruñido mezclado con un aullido.

—Lo sé. A mí tampoco me gusta. —Artem había tratado de dejarla a bordo durante una caminata espacial, pero a la perrita eso le gustaba aún menos. Además, necesitaba que ella hiciera lo suyo más tarde.

Se puso su propio casco, dejando el visor abierto.

Consultó con la radio del casco:

—¿Posición actual?

Un pequeño panel transparente se movió delante de su ojo izquierdo. Se enfocó en él y reconoció su destino: Asteroide 1866 Sísifo^[1]. Las cifras que aparecían indicaban 1500 metros de distancia desde la nave. El objeto, que probablemente podía describirse más como «con forma de huevo», no era más que un grano de arena en el mar del universo. Desde esta corta distancia, sin embargo, su longitud de ocho kilómetros era bastante impresionante.

—Salida en diez minutos —anunció el sistema con una voz monótona. Él había optado por no usar una voz que sonara a inteligencia artificial a propósito. Aunque consideraba que la decisión era un poco tonta, no había querido que la nave sonara más inteligente que él. Después de todo, tenía a *Sobachka*, quien se frotaba contra sus piernas en este momento, para acompañarle durante sus meses de soledad en el espacio. A veces no podía evitar pensar que ella hubiera preferido ser un gato. La perrita, una mestiza, se había acostumbrado al espacio y también a la falta de una distinción entre arriba y abajo en él, casi tan rápido como un gato.

—Ven —le dijo. Artem abrió la escotilla interior de la esclusa de aire. *Sobachka* sabía lo que él esperaba y le siguió, manteniéndose a su lado mientras que entraba en la cámara. Artem no pudo evitar sonreír cuando la vio dar un pequeñísimo empujón con sus patas traseras para navegar hacia adentro con él.

Cerró la escotilla interior y la selló con la rueda.

—Escotilla cerrada —dijo en voz alta. Luego cerró su casco. Junto a la escotilla había un panel con varios botones. Presionó el azul.

El sistema confirmó:

—Evacuando esclusa. —Era celestial. Un precioso silencio se instaló durante la evacuación. Levantó sus pies para cortar esa última ruta de transmisión y se deleitó en el breve momento de completo silencio.

—Tres minutos.

Las cosas se estaban poniendo serias. Artem verificó que *Sobachka* estuviera respirando con normalidad. Se agachó, hizo contacto visual y le acarició la espalda. Estaba bien. Había sido una cosmonauta profesional desde hacía ya mucho tiempo.

—¿Vamos, *Sobachka*?

Ella trató de ladrar al escuchar su nombre, lo cual no salía bien dentro de su casco. Artem la sostuvo con un brazo y puso la corta línea de vida entre su traje espacial y el gancho en la parte de atrás del traje de ella. Luego enganchó su propia línea de vida en el gancho que estaba al lado de la escotilla exterior. Esta línea era bastante larga, ya que era su medio para regresar a la nave con *Sobachka*. Su mano derecha agarró la rueda y abrió la escotilla.

El momento había llegado. No pudo evitar que su corazón latiera más rápido justo antes de lanzarse hacia abajo. Presionó la escotilla hacia afuera, ayudado por lo último que quedaba de aire.

A lo lejos, abajo, vio rocas brillantemente iluminadas con bordes recortados y oscuras sombras negras. Ahora que veía el asteroide en persona, en lugar de a través de una pantalla, le parecía como la puerta del infierno y, al mismo tiempo, aterradoramente lejano.

Pero en la pantalla decía que solo faltaban 300 metros. Artem saltó con la perrita en sus brazos. Hubo un breve momento de pánico, luego la experiencia entró en acción y le permitió reorientar sus sentidos. El destino estaba delante, no abajo. Con su nave en órbita, flotó lentamente hacia el asteroide. Y a cada metro se veía con más detalle.

Un turista no lo notaría pero, al ser un experto, se dio cuenta enseguida de que en Sísifo se había hecho trabajos de minería desde hacía mucho tiempo. Las líneas visibles eran demasiado rectas para ser naturales. Y los desechos que quedaban llenando los cráteres también estaban fuera de lugar. Por esa razón Artem estaba aquí. Su dinero lo obtenía siendo más rápido que el dueño legítimo. Otros lo llamarían ladrón.

Antes había aspirado a más, tal vez a ser una especie de Robin Hood, pero había admitido para sí mismo que era todo por dinero. Sísifo iba a alcanzar el punto de su órbita más cercano a la Tierra dentro de aproximadamente un mes, aquella oportunidad perfecta para que su dueño, el conglomerado ruso RB, mandara naves especializadas en transporte para recoger los resultados de dos años y medio de minería.

Él iba a ser más rápido. No necesitaba un transporte especial, pues solo venía por las tierras raras que las máquinas de RB Group habían extraído de la roca del asteroide. Una tonelada y media de su botín cubriría los gastos de los próximos tres años, además de añadir una atractiva pequeña suma a su cuenta bancaria. El riesgo era mínimo, la operación le llevaría una media hora y su pequeña nave podía acelerar más rápido que aquellos voluminosos transportadores.

Solo faltaban 50 metros. El indicador de distancia empezó a parpadear en la pantalla. Necesitaba concentrarse. El asteroide rotaba en cámara lenta. En ese momento, el domo donde los dos guardias pasaban su tiempo se hallaba debajo de él. No representaban ninguna amenaza, pues

su paga era terrible. RB Group solo los empleaba a fin de cumplir con los requerimientos legales para mantener la licencia de minería en Sísifo. En un momento dado, los sindicatos habían logrado prohibir la minería sin empleados. Aunque esos tipos trataban de interferir, tendría su arma para mantenerlos a raya y antes de eso, uno de ellos debería mirar hacia arriba y notar la presencia de su nave. Normalmente dependían de su radar para detectar visitantes de modo más confiable que cualquier cámara de vídeo, pero su nave estaba protegida contra radares por medio de costosos metamateriales. Hasta ahora, había llevado a cabo ocho saqueos y todo había salido bien.

A los diez metros encendió los *jets* para frenar. Había una gran roca entre él y el domo, de modo que su actividad pasaría desapercibida. El domo no le interesaba. En él solo estaban los guardias y los evitaría. Los recursos que buscaba se encontraban almacenados a unos 500 metros de allí.

Artem comprobó las direcciones en el *display* que tenía a la altura del ojo y liberó con cuidado a *Sobachka*. La perrita notó de inmediato que estaba libre. Al principio tuvo dificultad con sus patas, pero luego recordó cómo eran las cosas en el espacio. Su traje tenía sus propios *jets*, que controlaba presionando sus patas delanteras contra el cuerpo. Cuanto más presionara, más aceleraría. *Sobachka* lo tenía todo bajo control. Le mostró a Artem unas piruetas artísticas. Él sonrió, complacido al verla disfrutando. Le hubiera encantado poder sentarse sobre una roca y seguir mirando, pero tenían trabajo que hacer.

Apuntó en dirección a las reservas de minerales con su brazo derecho, la perrita le siguió obedientemente. A mitad de camino, el sol salió; era una fría y blanca bola de fuego. Apareció sobre el horizonte cercano, con la rápida rotación del asteroide acelerando el proceso. Las rocas relucían donde se llenaban de luz, mientras que sombras completamente negras y de bordes bien definidos apare-

cían detrás de los objetos. Entonces las reservas estuvieron a la vista. Eran fáciles de ver debido a las formas rectangulares de los contenedores. Sobresalían como recortes de papel.

Él había trabajado en un asteroide como contratista antes de hacerse independiente, así que conocía los procesos bastante bien. Los contenedores estaban hechos de acero. Abrirlos en el espacio no era parte del procedimiento. A fin de llenarlos, tenían unos orificios de entrada en cada lado para introducir tubos de medio metro de diámetro. Unos robots planos que parecían cucarachas con un montón de patas, transportaban los recursos que habían sido previamente extraídos y separados en materias primas específicas. Solo hacía falta extender la longitud de los tubos a medida que progresaba la extracción.

A fin de evitar ineficiencias debidas a las largas distancias, los guardias tenían que añadir una nueva «cucaracha» al sistema cada tres o cuatro semanas. Era ahí cuando se usaban las escotillas de mantenimiento que había en los tubos. Artem se dirigía allí.

—¡Ven! —dijo llamando a *Sobachka*. La perra respondió de inmediato. Delante de ellos, un tubo serpenteaba a lo largo de la superficie irregular. Artem apuntó hacia adelante con su lámpara de cabeza. Solo necesitaba moverse diez metros hacia el contenedor para encontrar una entrada. Pudo retirar la tapa, sujetada por ocho grandes tornillos, con ayuda de las herramientas que había llevado. Puso a un lado los tornillos. Luego los volvería a colocar. Los guardias ni siquiera se imaginarían que él había pasado por allí. Más tarde, de vuelta en la Tierra, algún encargado notaría una cantidad inusualmente baja de tierras raras.

Ahora era el turno de su compañera. Artem se arrodilló delante de la oscura abertura, acarició a *Sobachka* y retiró la línea de seguridad. *Sobachka* no retrocedió. Sabía lo que esperaba de ella. En su primer viaje, lo había intentado con un dron, pero resultó imposible de maniobrar a través de

los oscuros tubos. Artem encendió la lámpara del casco para su mascota, puso su mano en el tubo y golpeó el suelo. Esa era su señal. Ella tenía un instinto infalible con respecto a sus alrededores. No tendría que guiarla para esquivar los obstáculos. Si veía algo en su cámara, le avisaría a través de la radio del casco.

—¡Busca! —le ordenó. *Sobachka* le miró una última vez y desapareció en la oscuridad. Artem seguía su progreso en la pantalla. El lugar donde almacenaban cada materia prima era diferente en cada asteroide. La perrita entró en el primer contenedor. Estaba casi lleno, de modo que no podía ser nada valioso. De todas formas, Artem activó el espectrómetro gamma que estaba en la espalda de *Sobachka*. Detectó algo de mineral de hierro, basura. No necesitaba decir nada, su mascota ya estaba buscando el siguiente tubo, que se hallaba más adelante. Los contenedores estaban interconectados de manera que las cucarachas pudieran almacenar cualquier materia prima según necesitaran.

Media hora más tarde, encontraron algo. El espectrómetro gamma indicaba el material que estaba buscando, con lo cual empezaba la fase dos. Alentó a *Sobachka* a través de la radio, incitándola a recordar el contenedor. Luego, la llamó para que volviera. Se alegró de verla salir del agujero cinco minutos después. ¡No podía imaginar qué haría si algo le pasara!

Le cargó un bulto que pesaría aproximadamente un kilo en la Tierra. Entrenarla con esa bolsa había sido la parte más difícil. *Sobachka* llevó el bulto directo al contenedor, lo desenrolló y lo extendió sobre el material. Luego, Artem activó las fibras del borde de la tela. Estas se introdujeron en la pila de material y encerraron parte de él en la bolsa. Ese era el primer cargamento del botín. Volvió a elogiar a su mascota y esta empezó a regresar llevando la bolsa llena, pero casi carente de peso. Artem revisó el reloj: 47 minutos para la primera bolsa.

Para cubrir sus gastos, *Sobachka* tenía que llenar ocho bolsas. Su meta eran veinte. Treinta sería un récord personal. Cuanto más tardaran, mayor era el riesgo de que uno de los guardias viera el punto brillante que había fuera y no había sido detectado por el radar.

Escuchó un ruido en la radio del casco. «Esa solo puede ser *Sobachka*», pensó. Artem rápidamente se arrodilló frente a la entrada del tubo. Pero la cámara del traje de ella no mostró ninguna imagen. ¿Le había pasado algo? Su corazón latía acelerado. Trató de mirar dentro del tubo en la dirección desde la cual debería venir el animal. En ese momento, algo dio contra su visor. *Sobachka* estaba de vuelta. «Uf, primer transporte completo». Artem se puso de pie. Cuando se levantó, notó una sombra a su lado que no había estado allí antes. Cogió el arma que tenía en el bolsillo de su traje, parpadeó mientras trataba de deducir dónde se originaba la sombra y disparó. El culatazo le hizo sentir el proyectil que salía del cañón, el vacío evitaba que el sonido alcanzara sus oídos. Hubo un gemido apagado en la radio del casco. «¡Acerté!». Artem levantó la cabeza y vio a una persona agarrando el costado de su traje espacial.

—¡Me ha dado! ¡Mierda, mierda! —se escuchó por la radio en ruso; era la voz de un hombre. Tenía que ser uno de los guardias. ¿Cómo habían notado su presencia?

—Fue culpa tuya, idiota, te dije que no te acercaras por ese lado —dijo una segunda voz. «¿Era el otro guardia? ¿No iba a correr a ayudar a su colega? De ser así, el primero moriría sin duda», pensó Artem.

No obstante, el segundo guardia no era tonto. Probablemente se dio cuenta de que también recibiría un disparo. ¿O no? En efecto, había una segunda persona al lado del guardia al que le había disparado. Artem estaba levantando su brazo para apuntar cuando recibió una fuerte patada contra su codo. Logró evitar soltar el arma. Al mismo tiempo, alguien lo agarró del cuello. «No puede ser el que me golpeó, así que debo estar peleando contra cuatro. ¿RB

ha aumentado las medidas de seguridad? ¿Y no noté nada?».

—Mi compañero te está apuntando a la cabeza —dijo una voz nueva. No parecía estar mintiendo, pero no le intimidaba y siguió apuntando al segundo hombre. Su traje aumentó la ventilación, pues estaba sudando profusamente. Su mente iba a mil por hora. «¿Cuáles son mis opciones? ¿Debería rendirme? No creo que me dejen vivo. ¿No debería al menos llevarme a uno de ellos conmigo?».

—Ni se te ocurra —me advirtió la última voz—, o le quitaremos el casco a tu pequeña mascota.

Un hombre que vestía un traje espacial nuevo de RB apareció en su campo visual y apartó la mano en la cual Artem tenía su arma con un movimiento descuidado. Tenía a *Sobachka* metida bajo su brazo.

—¿O quizás debería hacerlo igual? Seguro que será divertido ver cómo trata desesperadamente de respirar.

Artem soltó el arma. Esta flotó, alejándose en cámara lenta.

—¡Me rindo! —gritó.

—Eso es muy prudente. Tal vez así dejaremos vivir a tu perra. Sin embargo —dijo el guardia en un tono siniestro—, nuestro cocinero chino nos ha pedido carne fresca tantas veces...

—¡Hijo de puta! ¡Cabrón! —exclamó Artem, escupiendo las palabras.

—Oye, tómalo con calma, Artjom. El malo aquí eres tú.

—Artem, ruso idiota, es Artem. Soy ucraniano.

—¿No es lo mismo, Artjom? Te llamaré como yo quiera. Alégrate de que no te llame pedazo de mierda. Después de todo, soy una persona educada.

Artem trató de retorcerse para librarse del agarre del hombre que lo sostenía desde atrás, pero no tuvo suerte. El otro tío, que aún sostenía a *Sobachka* y parecía ser el jefe, siguió acercándose hasta que sus cascos se juntaron. Tenía

ojos azules, calvicie incipiente y nariz de boxeador, pues se la habían roto muchas veces.

—Nadie le roba a RB. ¡Deberías tenerlo claro! —siseó a través de la radio.

De pronto, sintió un dolor impresionante quemándole. «*Sobachka*», fue lo último que pensó antes de perder el conocimiento.



16 de octubre de 2071 SS Lenin

—Por última vez, ¿para quién trabajas? —El tipo de ojos azules agitó unas tenazas frente a la cara de Artem sin obtener ninguna reacción—. ¡Te acabo de hacer una pregunta! —El hombre abrió las tenazas y las ajustó alrededor del dedo meñique de Artem. Luego, empezó a apretar. Artem trató de retirar la mano, con los músculos crispados, pero permanecía atado.

—Para nadie. Esto es cosa mía —dijo atropelladamente. Trataba de no demostrarlo, pero el dolor era tan intenso que se le derramaban las lágrimas.

—Artjom, eso no contesta mi pregunta. —Las tenazas se movieron hacia su dedo anular. Vio en cámara lenta cómo se cerraban. Tras un instante, sintió el dolor. La habitación de la nave rusa de nombre anticuado empezó a oscilar a su alrededor. Tal vez tendría suerte y perdería el conocimiento. Luego alguien le tiró encima agua fría desde atrás y aquella esperanza se desvaneció. La tortura iba a continuar.

—Sabes, Artjom —dijo el boxeador de manera pretenciosamente jovial—, seguro piensas que soy un sádico. Pero la tortura es tan agotadora para mí como lo es para ti. De verdad. ¿No podemos llegar a un acuerdo? Tú me dices

quién te compra la mercancía y yo... yo dejo que tu perra viva.

«*Sobachka*. No la han matado». Era la primera buena noticia desde que despertó solo para ser torturado por este sádico. Le llenaron sentimientos cálidos al pensar en *Sobachka*. De pronto, el trato no sonaba mal. Le daría el nombre del comerciante chino a quien le vendía las tierras raras y *Sobachka* podría irse con él. El comerciante no estaría en peligro de momento, pues Rusia no podía permitirse el lujo de tener problemas con China.

Artem le dio el nombre.

—¡Así se gusta! —exclamó el hombre que lo torturaba. Se acercó y acarició la frente de Artem—. Al final, resulta que eres un buen chico, Artjom.

—Quiero un juicio de verdad.

El ruso dio un paso atrás y lo miró sorprendido.

—¿Quieres que te fusilen? Recuerda que mataste a un inocente.

—Quiero un juicio justo —insistió Artem.

—Tenemos una oferta mucho mejor para ti. Has impresionado al jefe, Artjom. Le gusta el trabajo creativo. Necesitamos gente como tú. Únete a nosotros. Pagamos bastante bien, ¿verdad, muchachos?

Los dos hombres, a su izquierda y derecha, asintieron al mismo tiempo.

—¿Y *Sobachka*?

—Puedes quedarte con la perra. ¿Con quién más vas a tener la opción de tener mascotas en una nave espacial? Solo con nosotros.

—¿Y si me niego?

—Entonces, tendrás el juicio que tanto deseas. Puedo asegurarte que terminarás con una bala en la cabeza. Nuestros incorruptibles tribunales no tienen misericordia con los villanos como tú.

El hombre de los ojos azules rio con fuerza y los otros se le unieron obedientes.